

de la idealidad, hechos de sencillos y modestos paños, sean alzados por los que trabajan y sufren, como si la predicación evangélica se hubiera disipado en el seno del viento? ¿No pudo buscarse una conjunción entre las palabras y los hechos, entre lo material y lo espiritual, entre lo que ha sido y lo que es, entre el presente y el futuro?

Después ví, poco más distante, a un patriota, que había vertido su generosa sangre por España en la guerra, y esta vez mis reflexiones fueron no menos lógicas. «¿Qué funesta desviación—me dije—es culpable de que parezcan divorciados sentimientos que tienen una misma raíz? ¿Por dónde ni por qué han de parecer contrapuestos el sentimiento de la equidad y el amor a la tierra en que se ha nacido? ¿No son estos trabajadores los que se honran cubriendo sus hombros con el uniforme del soldado, los que pelean en las avanzadas y los que derraman su sangre cuando lo exige la independencia del territorio? ¿Cómo, pues, han de parecerse extraños ante sus caudillos? ¿No será que se les ha llevado injustamente a unos y a otros a improcedentes e injustas campañas? ¿No será que por los llamados a crear el verdadero patriotismo se ha procedido con ceguera, olvidando que es del pueblo de donde salen las legiones y que, así como el deber de los ciudadanos pobres es acudir a donde se les llama, el de los capacitados es guiar con desinterés y con causa justa? Ved otro aparente divorcio, que no puede lógicamente ser explicado».

Por fin, miré, a mi izquierda, a un intelectual de justo renombre: «¿Cómo la intelectualidad—me pregunté—puede ser ajena a esta explosión de sentimientos humanitarios, de aspiraciones justas y legítimas, de esperanzas igualitarias racionales y bellamente estéticas? ¿No será porque la intelectualidad, adulterada, se va convirtiendo en oficio y desdeña, por la vida regalada, las causas mismas del vivir? ¿No será porque se ha puesto al servicio de todas las desigualdades y de todas las explotaciones, de cuyos beneficios participa, por lo que es mirada con desafecto por todas estas legiones de varones útiles, que proclaman la soberanía del Pueblo? ¿Y es posible que ignoren que pudieran llevar a sus masas el sentimiento estético y el amor a la indagación, como otros pudieran dotarlas del más acendrado patriotismo y de una orientación espiritual de que acaso están necesitadas?»

Seguían pasando los obreros, y yo me descubrí ante sus banderas. «Seguid vuestro camino—exclamé—, hijos de la labor y del dolor, precursores de un universo más justo y más piadoso que el que condenó a la miseria a vuestras mujeres y al desamparo a vuestros

hijos. Tal vez, algún día se unirán a vosotros todos aquellos que pudieron guiaros, y vosotros los buscaréis con empeño. Ello sería un gran bien para la Humanidad; pero si la ceguera de todos fuera tal que la desunión se hiciera irremediable para el cumplimiento de todos los fines, para la rea-

lización de todas las justicias, para el alumbramiento de las más sublimes verdades y la santa fecundidad de los más nobles sacrificios, sabréis caminar de todas maneras».

ANTONIO ZOZAYA

(*La Libertad*, Madrid).

La vida de las plantas

¿Por qué degeneran las plantas?

DECÍAMOS, en nuestro trabajo anterior, que las plantas cultivadas habían perdido, por esta razón, su combatividad.

La hierba ha llegado a ser sólo intenso esfuerzo de vida y ha descuidado ciertas condiciones que a nosotros nos parecen estimables.

Lo que hace perder esas cualidades deseables a la planta es la lucha con condiciones adversas.

La selección natural es a la inversa de lo que se ha creído: triunfan los seres inferiores y si el hombre abandonara sus campos, por un tiempo, sólo hierbas poblarían el mundo: hierbas, arbustos o árboles, pero la fruta selecta, dulce y carnosa, la flor bella y perfumada, el pasto succulento, serían sustituidos por otros inferiores, malos, feos.

La selección, como herencia, carece de valor permanente y el único factor de verdadera importancia es la inteligencia del agricultor.

La verdadera agricultura no es otra

cosa que el estudio de las necesidades de la planta para llenarlas al punto; el estudio de los enemigos de esa planta para eliminarlos.

De nada vale la semilla buena si se deja a la planta en condiciones de lucha, porque, para defender su vida, descuidará lo demás.

La agricultura de éxito es solamente cuestión de inteligencia.

Esto no es una suposición nuestra: es la primera conclusión que podemos dar después de bastantes años de observaciones y experiencias.

¿Buena tierra? ¿buena semilla? ¿buen cuidado de la plantación?

Veamos lo que dice la experiencia de muchos años.

Cuando era un estudiante, hace ya unos 16 ó 17 años, pudimos ver en una finca de café, lo que vale el cariño puesto al servicio de las plantas.

Aquello era un jardín, el aspecto muy bello y el rendimiento excelente.

Las fincas vecinas eran un desastre. Todos atribuían aquella diferencia a fertilidad distinta de los suelos.

La finca fué vendida y dos años después no quedaba ni la sombra de la belleza que conocimos.

¿Se había agotado tan pronto la fertilidad?

Hace unos años conocimos en la Escuela de Agricultura unos pobres naranjos, en un potrero, que daban frutas de una calidad detestable, pequeñas, ácidas, pocas...

El señor Director de la Escuela nos decía: ¡Cosa rara lo que sucede con estos árboles! ¡Antes daban frutos riquísimos!

Unos pobres arbolitos conocí que daban unos frutos, duraznos, tan malos y de tan feo aspecto que no se sentían deseos de cultivarlos; dos años después, sin abono, sólo con cuidados, están dando excelentes frutos: succulentos, grandes y bellos y en cantidad fabulosa.

Un rosal que se abandona va poco a poco produciendo flores menos grandes, hasta convertirse en un rosal degenerado.

El producto selecto es producto de la inteligencia humana y si se le des-

Cantar íntimo

PARA CARMEN LIRA, cordialmente

Abierta a los cuatro vientos
no se aparte mi alma
de las fragancias silvestres,
de las alegrías viriles,
de las provocadoras formas
y de los ojos de las mujeres.

Para darnos cuenta del espíritu
tenemos manos de carne,
ojos y labios, y corazón;
todo de pura carne,
todo de carne pura,
desde la tosca mano
hasta el átomo sutil de la pupila,
fuente de la imaginación.

Pero sobre esta psicología,
vaya del campo al alcázar,
de las florecillas silvestres
a las enormes rosas de los jardines,
de los ojos de las mujeres
a los besos aéreos de los ángeles.

RAFAEL ESTRADA.

San José de Costa Rica, 1923.